

BUEN HUMOR

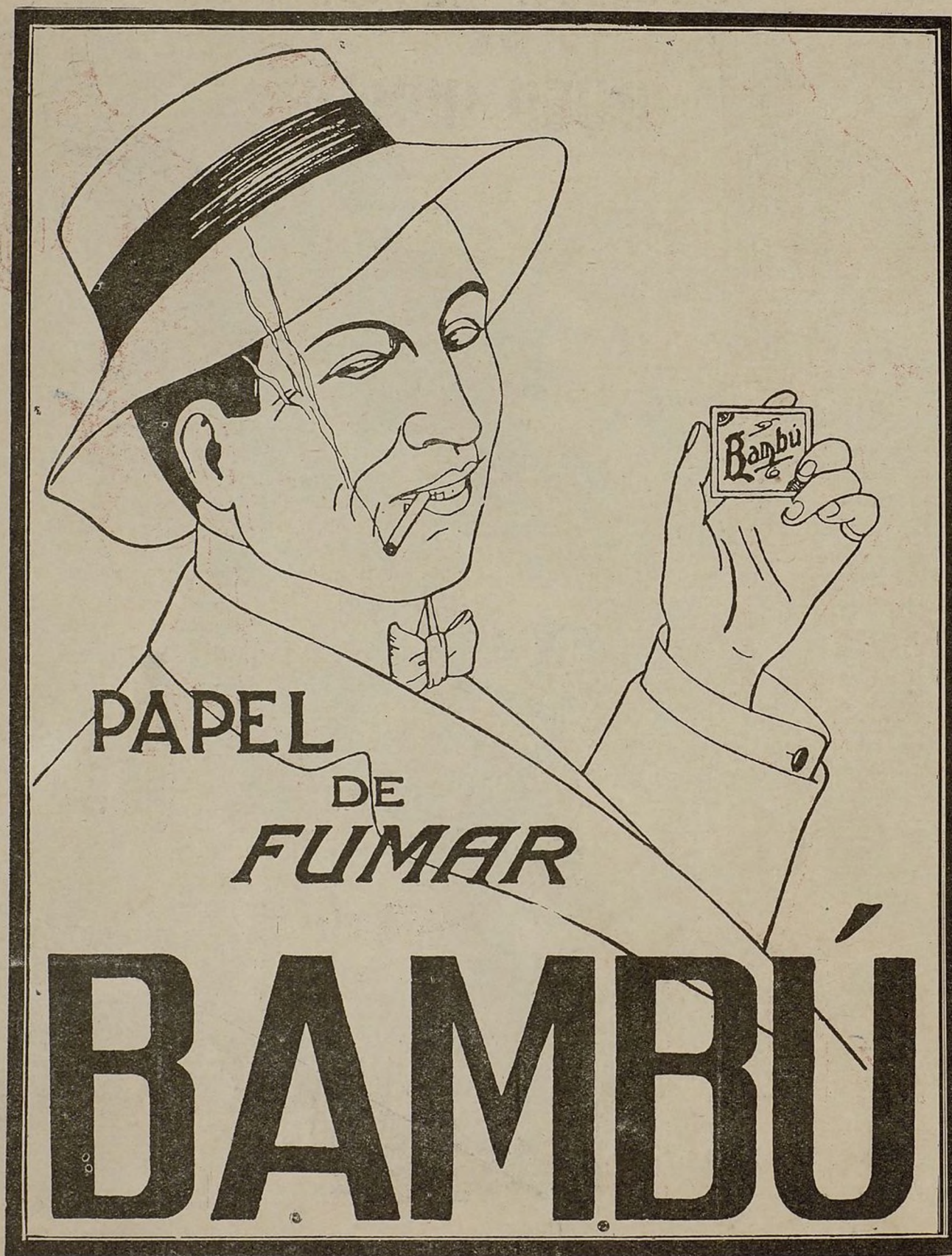
40 CENTIMOS



—El origen del fuego no se sabe; no se sabe más que ha empezado en un almacén de aguardientes.
—Bien; pondremos que el origen del fuego ha sido una chispa.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. GARRIDO.—Madrid.



Ayuntamiento de Madrid



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

13.—Charada.

Cuando *tres segunda* la *cuarta segunda* Pascual, el monago, lo hace d tal modo, que el "sacris" le *prima dos prima* tal [tunda, que más bien parece que el ha dado un [todo.

14.—Hay que hacerlo con reserva.

17.—Charada.

No hay sitio dentro, vaya en la *tres*
—Cuarta, *prima dos tres*, [prima.
Cuarta, porque me quedará hecho un
y ya soy viejo, Andrés. [todo,

18.—Tierra española.

MA SETIAOWOTAV NO

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7

FIN
INFIERNO

ACERCATE **G** POLICIA

15.—¡Buen vino!

EEE × 100
LUPA

16.—¿Se sabe algo del ama?

HALAGA
PROME DOLORES TIDO
ANVILSINO



(De Everybody's Weekly.)

FIJAPELO

Varón Dandy



**Es el producto
ideal
para el fijado del
cabello**

• Pese a las muchas imitaciones,
sigue imperando por sus
cualidades

**FIJA Y TONIFICA
EL CABELLO
SIN ENGRASARLO**

Perfumería Parena

El legítimo «Varón Dandy» sólo se vende em-
botellado. A granel, es siempre falsificado.

SORTIJAS DE SELLO

Vende las mejores la casa SANJURJO, de oro de ley des-
de 9 ptas.; chapadas en oro desde 3, grabadas en el acto.
Envío a provincias remitiendo medida, importe y franqueo.

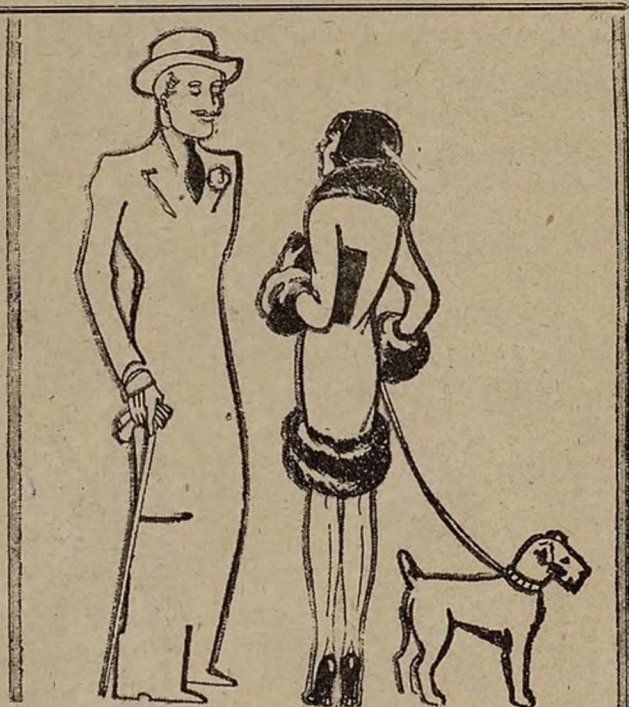
SANTO DOMINGO, NUMERO 5.—MADRID

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho
semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el
importe acompañan 0,30 ptas.



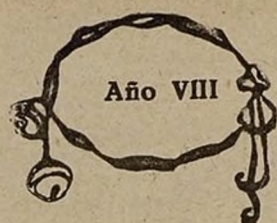
—¿Se ha preparado Rita para su viaje alrededor del
mundo?

—Sí; ya ha aprendido a decir “no” en doce idiomas.
(De *Everybody's Weekly*.)



El poeta.—Han sido sus ojos los que me han inspi-
rado estos versos, señorita.
La inspiradora.—¿De verdad? ¡Entonces, tendré que ir
al oculista!

(De *The Passing Show*, Londres.)



Año VIII

BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 21 de abril de 1929



Núm. 386

CHARLAS DOMINICALES



Los muertos van deprisa"...
Cada vez más deprisa...

El acuerdo tomado recientemente por nuestro macabro Ayuntamiento, aún *acelera* más la marcha de los difuntos hacia el Este.

Según disposición de nuestro Concejo, los muertos habrán de ser conducidos al cementerio sobre carrozas automóviles.

El *fiambre*, que hasta ahora era un producto *bajo el auto*, da un salto y se pone *encima*.

Aquel triste modismo que rezaba "El llanto sobre el difunto", habrá de modificarse en este sentido: "El difunto sobre la llanta"... (Sobre la llanta *neumática*, y, a poder ser, *inflada* con suspiros.)

Esta nueva manera de conducir *cadáveres*, por medio de la tracción mecánica, va a dar lugar a serias competencias entre las diferentes "Empresas de Pompas Fúnebres".

Habrà una empenada lucha de "Marcas" y de "Catálogos".

Las Empresas de mayor *pos-tin* ofrecerán, junto a la caja de caoba y plata, un magnífico "Rolls", para conducirla, con *seis cilindros*, *escape libre* (de incienso perfumado) y *bocina* quejumbrosa, que exhale "ayes" de dolor...

Las "Compañías" modestas, *precios de la militar*, ofrecerán a sus *clientes* el humilde "Ford" enlutado con aceite, sucio, rueda de repuesto, a modo de *corra*, y piezas de recambio, por si hubiese *avería* en el camino.

Desde luego, las "manas" silenciosas serán las preferidas. Y en lugar del "H. P.", correspondiente al número de caballos, se escribirá un "R. I. P." encima de dos tibias cruzadas... (Esto de "*tibias cruzadas*" nos suena a comedia de Benavente.)

La velocidad será otro factor muy digno de tenerse en cuenta.

Para los *parroquianos* próximos a la descomposición se exigirá, por lo meros, una *media* de 60 kilómetros por hora.

Para los entierros solemnes, *furción*ará el *cambio de velocidades*, y la *media* será tan solo de 40. ¡Claro que una *media* tan corta, casi es un *calcetín*; pero no es cosa de llevar a escape a todo el acompañamiento! Cuantas más campanillas tenga el muerto, cuarto más lujoso sea el entierro, menos velocidad.

Es decir: que para los entierros de *primera*, conviene meter la *segunda*. Y no pisar jamás el *acelerador*. Llegada la comitiva a Pardiñas, y despedido el duelo, se puede *aligerar* la marcha, con objeto de ahorrar tiempo, gasolina, y disgustos al viajero.

No conviene, sin embargo, pasar de los 80 en ningún caso. Sería fácil *pasarse* del Cementerio, y tener que dar *marcha atrás*, cosa muy desagradable cuando se camina hacia el Porvenir.

Otro inconveniente grave, de la velocidad excesiva, consistiría en la posible eventualidad de un atropello. Tan macabro accidente erizaría nuestros escasos cabellos. ¡Qué horrible contratiempo!... ¡Claro que no habría otra solución que la de cargar *con ambos*, y seguir hasta las "Vertas", en busca de la Casa de Socorro, donde quizás curasen al muerto y *aliviasen* al atropellado, pues en tales momentos nadie sabe lo que se pesca!...

De todos modos, a nosotros nos parece muy bien esta disposición municipal, acerca del transporte rápido, mecánico, y cómodo, de los que acaso en vida no pudieron nunca gozar del *automóvil*.

Recomendamos a los garages fúnebres, cuiden del servicio, dotando a las carrozas de buen ballestaje, frenos potentes, faros amarillos, y linda *carroserie*.

Hemos visto algunas de las nuevas "carrozas" y nos han complacido. ¡Claro que no hasta el punto de sentir envidia, ni ganas de ocuparlas!... Pero, en verdad, que algunas eran dignas de figurar en esas *bataallas de flores* que a menudo se celebran en Murcia, Valencia, Cartagena y demás pueblos levantinos.

Es preciso quitar a los entierros su antiguo carácter lento, triste, *simoniaco*, y *por horas*...

Los muertos deben ir deprisa. Y para eso, el *auto* es lo mejor.

El espectáculo de dar tierra a un amigo o a un deudo, no debe entristecer la vida a los que aquí quedamos. O dicho de otro modo: "El muerto al "Phanard", y el vivo a gozar"...



Dib. SILENO.—Madrid.

LUIS DE TAPIA

El color de los ojos y el caracter

Un psicólogo indostánico ha hecho un acabadísimo estudio de esta cuestión; y nosotros, que no perdonamos faena por ruda que sea para hacer feliz a nuestro público, hemos resuelto traducir al madrileño chulón las conclusiones del aludido indio sabihondo.

El hombre opina de esta manera:

Los ojos negros indican frenesí amoroso, afán de lujo, preferencia por el

auto de ocho asientos y locura por ir gratis al teatro.

Los ojos castaños revelan afición a la poesía mecanografiada, religiosidad elegante, odio al pan de picos y deseos íntimos de casarse con un aviador de la provincia de Cáceres.

Los ojos azules demuestran palmariamente dulzura de carácter, afición a coser con hilo negro, predisposición

a resbalar en los pisos encerados y entusiasmo por la ópera cantada en andaluz.

Los ojos ligeramente violetas denotan inclinación a dejarse raptar a las doce y media y tres minutos, preferencia por la fresa cuando está a quince pesetas el kilo, desdén hacia las novelas de *El Caballero Audaz*, irresolución ante el arroz con leche y ternura por los guardias de la porra.

Los ojos bermejos prueban sin género de duda que su poseedora es aficionada al cine, respetuosa con los coroneles, pródiga en las propinas a los camareros de los salones de té y enemiga de tomar el Metro entre horas.

Los ojos de color de acero revelan afición a la ternera con guisantes, a los zapatos de tisú y a las faldas de cuarenta y nueve centímetros sobre el nivel del mar.

Los ojos verdes indican talento, algo de dolor de estómago y una ligera propensión al matrimonio civil.

Los grises anaranjados demuestran temperamento celoso, enternecimiento ante el cante jondo, gusto por las revistas de toros y deseo de tener voto en las elecciones de diputados provinciales.

Los ojos amarillos dan a entender coquetería, deseo de empeñar cosas en el Monte, nerviosidad ante los cancheros de la Casa de Fieras y afición a guisar con cocina de gas.

Los ojos morados denotan claramente que le han dado a uno un puñetazo.

Y los ojos de gallo demuestran que se lava uno poquísimo los pies.

Nada más.

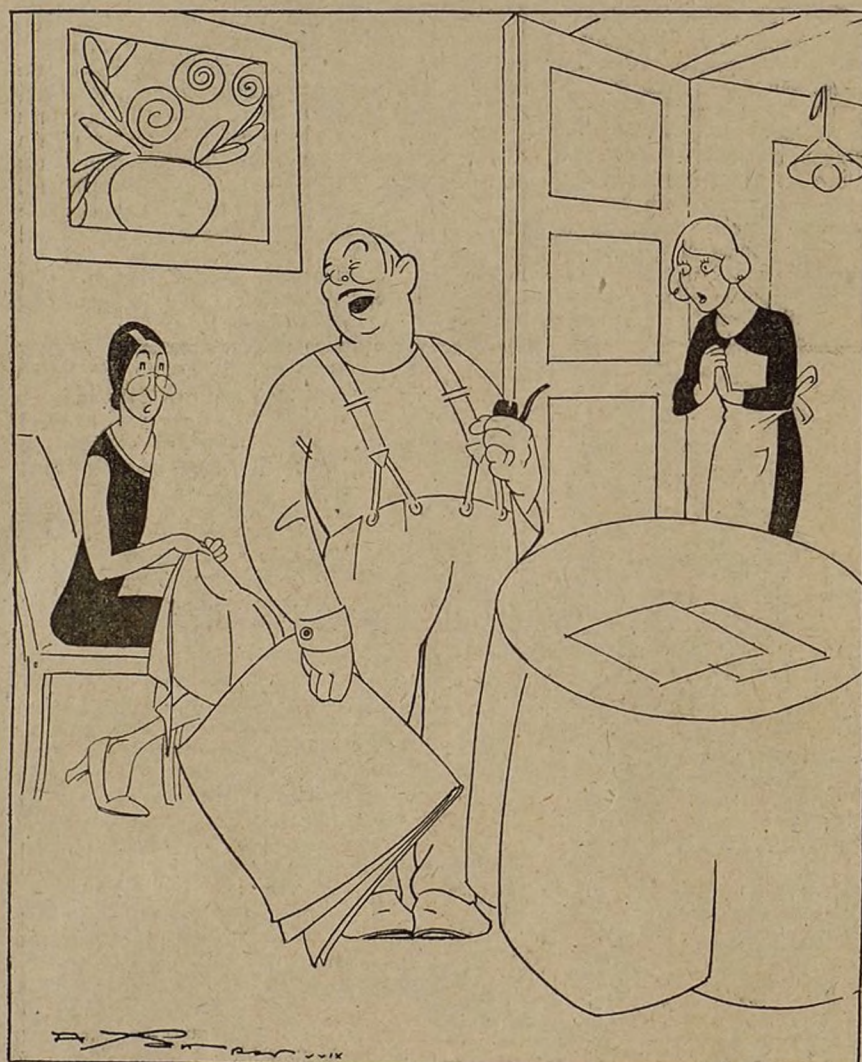
Es decir: una sola cosa más.

El sabio indostánico, autor de estas conclusiones, asegura que la observación del carácter de la persona por sus pupilas, no tiene mayor dificultad.

Todo consiste en tener mucho ojo.

Y cuanto más ojos se tengan para observarlos, más cosas se observan con ellos.

¡Logiquísimo!



—El señorito Luis acaba de dar una pedrada a Rosita.

—¿Pero te has fijado? ¡Qué puntería tiene el chico!

Dib. SAMPER.—Barcelona.

NESTOR O. LOPE



—¿Cuánto consume este coche?
 —Treinta litros cada cien kilómetros.
 —¡Qué casualidad! Lo mismo que yo.

Dib. GASTON MAS.—París.

RECTIFICANDO

Consecuencias de unas anécdotas históricas

En el número de gracia de BUEN HUMOR correspondiente a la semana antepasada tuvimos el honor, el gusto, la complacencia, etc., de publicar unas preciosas e instructivas anécdotas históricas, cuyo principal mérito estribaba en que no habían sucedido jamás en la Historia. (Ni fuera de la Historia, ni siquiera en las tapas en cartón de la Historia.)

Pero el mundo está lleno hasta las asas de sorpresas, y ahora resulta que las falsas anécdotas a que nos referimos no son verdaderas.

por lo católica que era. He aquí un punto en el que todos los historiadores están terriblemente de acuerdo y no discrepan unos de otros ni tanto así. (*Señalando la uña de un percebe.*)

También es cierto el episodio de las espuelas del Gran Capitán; esto es, que las trajo hechas cisco de la guerra, lo que prueba que las utilizó a destajo.

En cambio, ofrece cierta duda el detalle de si las usó pinchando al caballo para perseguir a los enemigos o para evitar que los enemigos le

pitán picó espuelas a su caballo, de forma que lo más acertado es no insistir.

Asimismo ha resultado cierto que don Gonzalo se llevó un braserillo de la fonda donde paró en Astorga. Otro general glorioso—Aníbal—se llevó un mono, cuando hizo alto en la parada de Trasimeno, la víspera de la batalla que lleva ese nombre, y, bien mirado, es preferible llevarse un braserillo genovés que llevarse un mico.

Es cierto igualmente que Gonzalo de Córdova arrastraba tras de sí



Varios catedráticos de Álgebra nos han escrito contándonos la verdad de los hechos narrados en aquellas anécdotas y pidiéndonos que las rectificásemos *ipso facto velis nolis*.

Nosotros, siempre bien educados y finos como bramantes, nos apresuramos a hacerlo en el presente número. Va bola.

LA VERDAD DE POR QUE SE DESMAYO ISABEL LA CATOLICA

Es verdaderamente cierto que a Isabel la Católica se la llamaba Católica

echasen a él el guantelete. Y en donde vuelve a estar de acuerdo el sentir de todos los historiadores—ante y postdiluvianos—es en el pequeño detalle de que don Gonzalo, al acabar la batalla, cogió algunas de las espuelas sobrantes, las puso sobre un poyo e hizo con ellas un picadillo, que ofreció a los caballos. ¿Venganza? ¿Desequilibrio? En la causa del fenómeno los historiadores (que están hechos unos pelmazos) discrepan otra vez... En fin, la cosa es verdad, pues por algo ha quedado la frase de *El Gran Ca-*

tres botines de guerra, y que, con aquellos tres botines a sus pies, se mostraba encantado de la vida.

Pero lo que ya no es verdad es que del pueblo de Astorga salieran vivas al famosísimo guerrero, pues los únicos que vivaquearon en tal ocasión fueron los soldados que danzaban por el campamento.

En cambio, se ha comprobado que Astorga, es efectivamente, más pequeña que Londres.

Hay que negar por fuerza que a la puerta de la fábrica de mantecadas,



donde se encontraba a la sazón la reina, hiciera sonar unas trompas don Gonzalo. Lo que hizo sonar fueron dos duros, y a ello se debe el que el recibimiento que se le tributó fuese tan entusiasta.

Y, al ser anunciado a la reina Isabel el Gran Capitán, el auténtico diálogo fué este:

—¿Y qué trae don Gonzalo?

—Trae un cansancio que se monda, señora.

Y cuando la Católica murmuró:

—Que pase el héroe.

Se ha demostrado que añadió:

—Pero que se limpie las botas antes de entrar.

Luego, la reina se atizó catorce mantecadas más, que deglutió con papel y todo, para no verse obligada a manchar el suelo.

Por fin entró don Gonzalo, al parecer con el pie derecho, y sus primeras palabras no fueron:

—Señora: vengo de Italia y traigo tres botines.

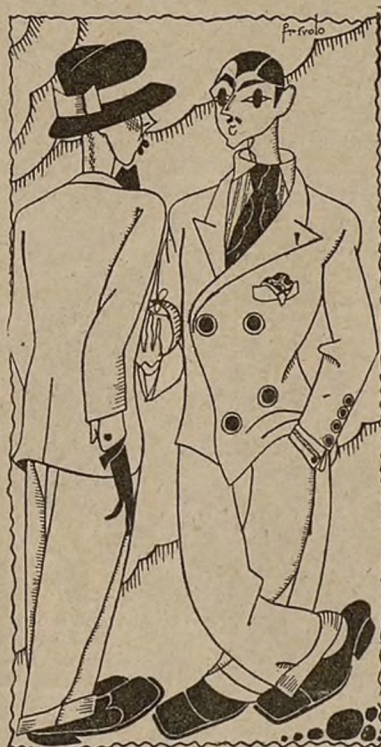
Por semejante frase no se habría desmayado la reina.

Por lo que la reina se desmayó—y de ira—fué porque don Gonzalo dijo en realidad esto otro:

—Señora: traía de Italia tres botines; pero me he dejado dos por el camino, porque para muestra basta un botín.

LA VERDAD SOBRE EL DESASTRE DE WATERLOO

Y vamos con la otra anécdota, referente a Napoleón, el denominado Bonaparte.



—Lo que no comprendo es por qué haces a tu novia esos regalos: una petaca, una maquinilla de afeitar. Debías obsequiarla con un collar o una pulsera...

—¿Y qué hago yo con todo eso el día que regañemos?

El desastre de Waterloo, como la Geometría del Espacio, es muy difícil de explicar.

En nuestra anécdota de la semana antepasada se quería hacer ver que todo era debido a la grullez de un mariscal súbitamente elevado a ese cargo por cuatro equivocaciones seguidas de Napoleón.

Pero esto es imposible. Napoleón no podía equivocarse cuatro veces seguidas: eso se queda para Soler-Mary.

La verdad de lo sucedido en Waterloo es hiperbólicamente más complicada de lo que creen en Avila.

¿Cómo? ¿Es que quieren ustedes que les digamos la verdad de lo sucedido en Waterloo?

Pues bien, allá va.

La verdad de lo sucedido en Waterloo es—sencillamente—que Napoleón y todo el ejército francés, fueron derrotados.

Y desde entonces, cuando se quiere dar idea de que ha sobrevenido un inmenso desastre, se suele decir:

—Fué un verdadero Waterloo.

Razón por la cual es muy probable que nuestros lectores hayan oído decir "fué un verdadero Waterloo" cuando se estrena una obra de un autor consagrado.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA
(Aclaraciones gráficas de Sama.)

Dib. FRIVOLLO.—Zaragoza.

Los grandes inventos

Mi amigo Berrueco fué siempre un inventor. Su primer invento consistió en un ingenioso aparato, especie de catapulta de papel, con el cual achagaba al profesor y a los compañeros, por lejos que se encontraran de donde él estuviera; y el segundo, que yo recuerde, una combinación de espejos para leer la lección teniendo el libro dentro de su pupitre cuando habían de tomársela, y no sé cuántas diabluras más con las cuales nos comenzó a dar pruebas de su inventiva.

Recuerdo que cuando estudiaba leyes concibió un aparato para extraer el agua del vino, aparato que él juzgaba utilísimo en las grandes sequías. Hizo sus experimentos ante una comisión nombrada al efecto, con buenos resultados, llegando a conseguir extraer de un litro un 85 por 100 de agua, dejando reducido por lo tanto el litro de vino a un quince.

Hacia varios años que no veía a mi amigo el inventor, cuando ayer se presentó en mi casa de improviso. Venía, naturalmente, a hablarme de un invento suyo, y después de saludarme se dirigió a mí en estos términos:

—Creo que he dado con el invento que me ha de hacer rico y ha de ser el término de mis vicisitudes.

Y de buenas a primeras me espetó el siguiente dilema:

—Tú qué prefieres: ¿quemarte o pudrirte?

—¿Qué dices?—le repliqué extrañado.

—¿Que si eres partidario de la cremación o de la inhumación.

—¡Chico! Yo, así, de pronto, no te puedo decir; pero... vamos... lo pensaré.

—No es eso. Vamos a suponer que has muerto.

—¡Por Dios!

—¡Sí, que has muerto! Esto puede ocurrir. A lo mejor está uno tan bueno y tan sano, y ¡paf!, al otro barrio.

—Sí, eso es verdad. Pero ¿por qué no me hablas de algo más agradable?

—Mira. Pudrirte allí, en un hoyo, y comido por los gusanos, tiene que ser molesto; pero que te cojan y te quemen, no me parece tampoco un plato de gusto.

—¡No, es un plato asado!

—No lo tomes a broma. Yo he inventado un procedimiento que va a

terminar con la cremación y la inhumación.

—¿Tú?

—¡Sí, hombre, sí! ¡He inventado la inaección!

—Pues... que sea enhorabuena.

—Muchas gracias. Fíjate: Tú te mueres mañana...

—¿Mañana?

—O esta tarde, es lo mismo.

—¿Qué va a ser lo mismo!

—Pues tú te mueres mañana y yo te cojo y te meto en un horno.

—Eso es la cremación.

—No, señor. Porque yo te meto en un horno especial de mi invención y te deseco. Entiéndeme bien: te deseco. No es que te cuezo ni que te aso ni que te quemo; es que te deseco.

—Sí, hombre, sí; es que me desecas. Ya te he oído.

—Es decir, que te extraigo por evaporación toda el agua que contienen.

—¿El agua que contengo?

—¿Sabes tú la proporción de agua que contiene el cuerpo humano?

—Yo, no.

—Pues alrededor de un 80 por 100.

—Me hace mucha agua.



—Hija mía, no cantés esta noche pues si te oye tu novio tendré que aumentarle la dote.

Dib. HERREROS.—Madrid.

—¿Tú conoces a Enrique García Álvarez?

—Hombre; le leo y me regocijo con sus comedias.

—Bueno; pues es asustante la cantidad de agua que tiene en su cuerpo. Es un fenómeno.

—¿Acuoso?

—En cambio, hay naturalezas que ofrecen poco deseco. Juan Bonafé, por ejemplo. Ahí tienes un temperamento... ¿cómo diría yo?

—¿Dramático?

—No, anhidro.

—¡Por Dios, qué materialista eres!

—Es la ciencia. Pero volvamos a mi invento. Cuando tu cuerpo esté completamente desecado, le doy un baño de un líquido de mi composición, que te transforma en materia explosiva, y entonces no tengo más que acercarte una cerilla y... ¡purrum, pum, pum!! Se produce una claridad primero, luego un humo blanco, y se acabó. ¿Qué te parece la idea?

—¡¡Explorable!!

—¿Verdad que sí? Pues aún hay más. En lugar de convertir tu cuerpo simplemente en un explosivo, puedo hacer con él petardos, lluvia de estrellas, bengalas. Paré las familias pobres y por el precio de 10 pesetas, transformo al ser querido en una docena de cohetes, mitad silbadores y mitad silenciosos. Por tres mil, para personas pudientes, doy un castillo alegórico de fuegos artificiales.

—¡Y para las personas presuntuosas, podrás hacer fuegos fatuos!

—Te ruego que no bromees y escuches. En cuanto a los militares, pueden legar, si quieren, sus detonantes mortales a las fábricas de municiones. ¿Puede haber cosa más hermosa que ametrallar al enemigo con su propio cuerpo?

—¡Es hermosísimo! Pero, ¿para qué me cuentas a mí todo esto?

—Hombre, te lo cuento para que me dejes tres ó cuatro mil pesetas para los primeros gastos.

—Imposible, chico.

—Entonces, ¿vas a dejar que me muera de hambre, habiéndome ocurrido un invento tan maravilloso?

—Es que, si te murieras, yo te haría todo un programa de fuegos artificiales.

ANTONIO PLANIOL

A la madre del "Merluzo"

Hoy doy a usted por escrito,
¡oh, madre muy respetable
del torero *Merlucito!*
contestación a su amable...
y aceitoso papelito.

Ya sé que el diestro en cuestión
va a entrar a servir al Rey
(mejor dicho, a la nación)
por una disposición
que tiene fuerza de ley.

Y usted pregunta discreta:
—¿Tendrá el mozo que *afilarse*
y aprender lo que es *retreta*?
¿Le obligarán a cortarse
desde luego la coleta?

¿Tomará el servicio a chanza?
¿Sus jefes le harán favor?
¿Le harán tocar el tambor?
¿Le aplicarán la ordenanza
con excesivo rigor?

Si el raparse es requisito

necesario y le trae frito
que le poden, como hay Dios,
¿podrá llevar el rabito
colocado bajo el ros?

¿Llevarlo le dejarán
hoy que chinos y toreros
(según el moderno plan)
desencolados están
cual los demás caballeros?

¿Hará su guardia servil
con fusil, como otros mil,
cuando por suerte le toque?
¿Preferiría al fusil
la muleta y el estoque?

¿Le brindará al coronel
la muerte enojosa y cruel
de cualquier loco de atar
que se proponga asaltar
violentamente el cuarte?

A estas preguntas ahora
respuesta me pide *usté*.

Mas ¿qué respondo?... No sé
Cuando me entere, señora
con gusto la escribiré.

A esta epístola incompleta
me resta añadir nó más
que ya a los diestros no peta
seguir llevando coleta...
hacia la parte de atrás.

Esa supresión, que alabo,
se hará en todos efectiva.
Y está bien al fin y al cabo.
¿Para qué llevar un rabo
que es inútil tan arriba?

Nada, pues, ha de pasar
porque quieran esquilár
a ese *Merluzo* valiente.
Conque puede usted estar
tranquila completamente
sobre ese particular.

JUAN PEREZ ZUÑIGA.



—Mala cara tienes. Debes comer manzanas. Ya
sabes: "Una manzana cada día echa al médico".
—Sí; pero es que mi médico me las ha prohibido.

Dib. POVEDANO.—Madrid.



Sí, don Amadeo; este mundo es una mentira.
Tiene usted razón; este mundo es una bola.

Dib. TROFF.—Albacete.

UNA CANONJIA

En el casino de Ayamonte del Cierzo se encuentra vacante la plaza de fregador de loza y cristal de la subterránea cocina de dicho Casino.

CONCURSO PARA CUBRIR LA PLAZA

Condiciones

Sueldo.—Ocho pesetas veinte céntimos mensuales con descuento del 25 por 100, para los inevitables desperfectos y roturas.

Edad.—De sesenta y cinco a noventa y cuatro años. Soltero y no haber sido procesado por ningún delito de palabra u obra. Ser oriundo de Alcorcón, Manises o Bohemia.

Constitución física.—No haber padecido ni padecer tuberculosis, raquitismo, escrófula, pneumonia, enteritis, clorosis, coqueluche, con que luche, haya luchado o en lo sucesivo luche, el protomedicato mundial.

Saber leer y escribir correctamente el idioma español, el francés, el inglés, el chino, el húngaro, el esperanto y el igorroto.

Nociones de orfebrería, Geodesia, Mnemotecnia, teosofía, mecánica analítica, hidro dinámica, haloquímica, heterotética y helocología.

Ser hijo de honrada y noble familia venida a menos.

OBLIGACIONES

Estar a las órdenes inmediatas del ayudante 5.º del señor jefe de cocina a quien respetará y obedecerá en todo lo que le ordene y mande, sin demostrar el más pequeño disgusto, ni el más ligero malhumor, adoptando ademanes elegantes y sumisos y contestando siempre con palabras respetuosas, verbi gratia: "Lo que usted desee", "Lo que a usted se le antoje", "Lo que le saiga a usted de debajo del cuero cabelludo", etc., etc.

A las seis y cuarto de la mañana y después de una detenida limpieza corporal (el jabón corre de su cuenta) pasará al amplio gimnasio del casino en donde permanecerá 20 minutos haciendo anillas y poleas, y otros veinte minutos haciendo flexiones y reflexiones sobre los 400 aparatos de que está dotado el magnífico gimnasio que, con enorme pericia y profundos conocimientos dirige el notabilísi-

mo profesor de gimnasia sueca señor Duro del Todo y a quien hará próximamente unos 15 años en unos juegos icarios y olímpicos que se celebraron en Amsterdam le concedieron una primera medalla que se la dieron a la fuerza.

A las 8 y después del desayuno, consistente en un vaso de agua con unas gotas de Anís Gladiador, se servirá barrer el salón del Casino, los cuartos de tresillo, el billar, la portería y todo el trozo de acera que co-

rresponde al suntuoso edificio, desde la tienda de bisutería y quincalla "Carrascosa primos hermanos", hasta la confitería del "Dulce nombre de Jesús".

Después de esta matinal limpieza, se personará en el domicilio del señor Presidente del Casino, calle de las Antiguas Rejas, 6, cuadruplicado, don Pío Gillo, y ilustrará los nueve pares de zapatos de su dignísima familia, volviendo nuevamente al Casino a ponerse respetuoso a las órdenes del ayudante 5.º del jefe de cocina Sr. Zafra, y una vez allí, fregará todo el cristal y la loza que durante la noche anterior hayan utilizado los señores socios, familias y forasteros.

Terminado este servicio de limpieza, ayudará al señor jefe de cocina en los múltiples menesteres que le sean ordenados por dicho señor. Rallar pan, mondar patatas, picar carne, perejil, ajos, lechugas y piñones. Tener cuidado de que no se achicharren los asados en el horno, partir astillas, macerar los filetes sobre el tajo y todo esto con relativa prontitud y exagerado aseo.

Cada tres horas se le permitirá salir a un pasillo con un compañero suyo a fumar un cigarro y a quitar el pellejo a los demás, que en esto la junta directiva del Casino nunca paró mientes, porque eso constituye un desahogo personal y hay que ser tolerantes.

De tres y media a cuatro se le servirá el almuerzo a él y a los señores pinches, que constará de tres platos fuertes (hierro esmaltado) uno para la paela y los otros dos para ir depositando en ellos, las conchas de las almejas, la parte no comestible de las alcachofas, rábanos y cebolletas, los huesos de las aceitunas, las partes óseas de los gallos, las barbas de las gambas y alguna que otra vez el arroz inclusive, que no sabemos en dónde demonios lo compra el abastecedor, que le sirven perdigones y arenillas y triste es recordarlo; pero ya ha habido varias denuncias sobre este particular y muchos servidores se han quejado amargamente de cruentos dolores de estómago; pero la junta siempre humanitaria, ha tomado ya sus medidas y en lo sucesivo, cuando se queje algún marmitón se le recomen-



—¡La bolsa o la vida!

—Le advierto que acabo de perder todo el dinero que tenía jugando al tute.

—¡Bueno, hombre! Pues a ver si hace usted el favor de quitarse el vicio, porque yo no estoy aquí para perder el tiempo.

Dib. CASTILLEJOS.—Madrid.

dará con verdadero interés al médico del Casino que en desarreglos gástricos es una verdadera lumbrera.

Una vez verificado el condumio se pondrá incontinenti a fregar y secar toda la vajilla grasienta y toda la cristalería empañada, como igualmente a frotar con Sidel y una gamuza los tenedores, cuchillos y cucharas y en general toda la plata Ckistofle consistente en bandejas, ceniceros, servicios de café, té, cafeteras individuales y floreros propiedad del Casino. Ultimados estos servicios de orden interior, se vestirá el uniforme reglamentario y subirá a la sala de billar para ir cantando y apuntando las carambolas que hiciesen los socios que jugaran y si por una casualidad no jugaran, se pondrá a las órdenes de los señores socios tresillistas, musistas o tutistas.

Está prohibido en absoluto que reciba de manos de un señor socio propina alguna, por insignificante que ésta sea. A la junta le consta plenamente que en 54 años que lleva de vida el Gran Casino de Ayamonte del Cierzo, nadie, ni un solo individuo, dió jamás el valor de una perra chica a servidor ni botones, por eso, si alguien rompiese esta vieja costumbre sería un caso único e insólito. La prohibición está hecha por si acaso a algún perturbado se le ocurriese esa locura furiosa.

¿No se registran sorprendentes y extraordinarios fenómenos sísmicos? ¡Claro que sí! Entonces, hay que prevenirlo todo.

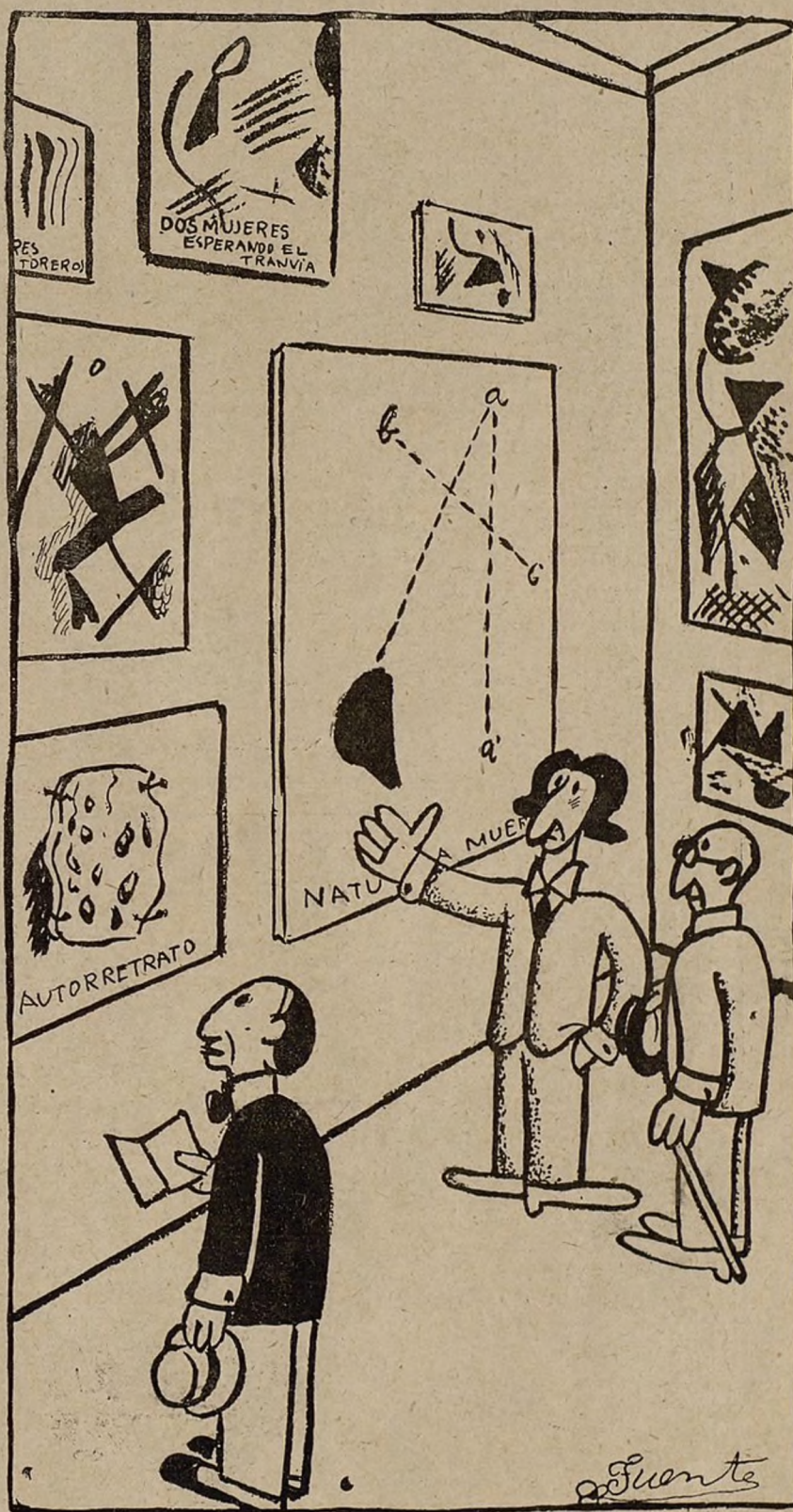
Las solicitudes se dirigirán en pliegos bajo sobre al señor Secretario de la Junta de este gran Casino. Quedará cerrado el plazo de admisión de pliegos a este concurso a los cinco años de haberse anunciado. El que al terminar el lustro no haya presentado la solicitud, es que sin duda alguna, esta plaza le importa muchísimo menos que la de los Mostenses a las cuatro de la madrugada. Las solicitudes se pueden escribir en papel de barba que no se hayan envuelto en él, mariscos, fiambres, tortas de aceite ni aceitunas aliñadas.

Ayamonte del Cierzo 4 de marzo de 1928.

Por la junta directiva.—El señor secretario, *Canuto de Pino*.

Por la copia

ENRIQUE GARCIA ALVAREZ.



—Pues aunque usted no lo crea, nosotros los vanguardistas, bebemos en las mismas fuentes que los clásicos.

—Sí, sí; pero me parece que ustedes no limpian el caño.

Dib. FUENTE.—Madrid.

Aventuras de Tho



Thomas Whisky.- VI



Dib. BERGSTROM.

Como se casó Etelvino

Don Etelvino Palantosen aspiró delicadamente el cigarrillo turco que sostenía entre sus labios, ensanchó el pecho como conteniendo la respiración, dilató los cartílagos de la nariz, y finalmente, lanzó por los agujeritos de sus fosas nasales un torrente de humo azulado que le oscureció casi ante mi vista. Y comenzó a hablar:

—Bendigamos toda esa larga serie de requisitos que se exigen en nuestra patria al que se dispone a contraer matrimonio. Este es un acto irrevocable y en el término en que el novio pide su fé de bautismo, deja paso a las amonestaciones, y busca otros dieciséis mil documentos que se le exigen, tiene tiempo sobrado para meditar o arrepentirse de lo que va a

hacer. ¡Pero en otros países!... En los Estados Unidos, por ejemplo, la cosa es mucho más peliaguda. Allí no se necesita más que comprar una alianza y, hecho esto, está hecho todo lo demás. Así se da el caso lamentable de que un día sale un señor de su domicilio decidido a comprarse un cuello de pajarita; pero en el camino se tropieza con unos ojos verdes, o azules, o grises... Y se pregunta: "¿por qué no comprar una alianza en lugar del cuello de pajarita? Las alianzas—prosigue—tienen sobre los cuellos de pajarita la indudable ventaja de que no hay que mandarlos a la planchadora. Vaya, vaya; hay que decidirse. Algún día tenía que ser"... Y media hora más tarde, está uno en

casa del Pastor y tres días después, comprándose un bisoné para poderse tirar de los cabellos sin experimentar daño ninguno.

—Don Etelvino hizo una pausa y prosiguió:

—Todo esto sé lo he contado a usted como prólogo a la historia de mi matrimonio con Lyana. Escúcheme atentamente y diga luego si tengo o no tengo razón.

Lyana y yo nos conocimos en Palm Beach, la aristocrática playa donde se reúnen tantas gentes de mundo y tantos cangrejos de mar de los llamados "patizambos". Nos presentaron en una verbena que se celebraba a favor de los mineros huérfanos de Chicago y, desde el primer momento, comprendimos que habíamos nacido el uno para el otro. Así me lo aseguró ella mientras se comía un churro y se limpiaba los dedos en mi americana de franela y así hube de reconocerlo yo, cuando ya solo en mi cuarto del hotel, comencé a limpiarme los dientes.

En Nueva York prosiguió nuestro idilio. Nos veíamos todas las tardes y entrelazados por las manos, recorríamos los almacenes de las Grandes Avenidas, los jardines de Broadway y el parque de Hontury, lugar frondosísimo lleno de árboles y de vendedores de barquillos, donde los pequeños se entretienen en dar pan a los patos y los guardas en mascar goma y golpear con sus porras las cabezitas de los bebés.

Pero cuando se me terminaron las vacaciones, no tuvimos más remedio que pasear nuestro idilio por lugares menos poéticos. Yo me citaba con Lyana en lugar muy próximo a la oficina y a la salida nos íbamos a ver una sesión cinematográfica, a tomar unos *sandwichs* o dar unas vueltas en triciclo náutico alrededor de la estatua de la Libertad. Eramos felices.

Al ser trasladado al "Negociado del Personal" nuestras relaciones sufrieron un rudo quebranto. Muchas veces, cuando ya había dado la hora y estaba lavándome las manos, pensando en mi dulce Lyana que me esperaba dos calles más abajo, sonaba a mis espaldas la voz de alguno de los jefes:

—¿Dónde va usted, Etelvino? No



—No comprendo por qué discutes tanto cuando nos quedamos a oscuras.

—Sí, mujer; porque de la discusión nace la luz.

Dib. RODRÍGUEZ.—Madrid.

saldremos hasta la noche. ¿No sabe que hay horas extraordinarias?

Entonces, yo volvía a ocupar mi puesto martirizado por la idea de no ver a mi amada hasta más tarde, y sobre todo por la idea de que me estuviese aguardando durante horas seguidas en una calle céntrica. Porque ella estaba muy enamorada de mí y no consentía en marcharse del sitio de la cita hasta que yo salía a su encuentro. Frecuentemente me esperaba tres y cuatro horas seguidas a la puerta de la oficina. Y al acabar el año, cuando a causa del balance tuvimos que quedarnos noches enteras, ella estuvo aguardándome hasta que se quedó dormida, recostada sobre un farol, y la pude llevar a su casa un *policemen* que había sido amigo de su padre.

Hasta que di con un medio para que Lyana pudiera esperarme tranquilamente, sin temor al cansancio, al frío, a la lluvia y a lo que era acaso peor: a las procacidades de los transeúntes. Y fué que como cerca del sitio en donde solíamos citarnos había una iglesia protestante, dotada de unos cómodos bancos y de una espléndida calefacción, decidí que me esperase allí cómodamente instalada.

Durante noches y noches fui a buscarla a aquel sitio. Ella se sentaba en un lugar cercano a la puerta, y, al entrar yo, venía hacia mi encuentro y nos marchábamos. Confieso a usted que algunos fieles nos miraban con caras de pocos amigos; pero yo no me intimidaba por ello y prefería arrostrar su cólera a que mi novia pasase frío y molestias en mitad de una calle. Además, ya le he dicho a usted que se trataba de una iglesia protestante.

Muchas veces, cuando iba a buscarla, el pastor estaba predicando desde el altar mayor o desde el púlpito. Y mi entrada coincidía siempre con alguna frase suya por este estilo: "Porque si nos paramos a contemplar... Si examinamos quietamente... Deteneos un momento..." Y era entonces cuando me divisaba Lyana y abandonábamos el templo, en el que nuestras pisadas resonaban igual que cañonazos.

Allí me esperó durante cinco años, y allí nos estaríamos esperando aún, a no haber sido por un acontecimiento inesperado. Y es que una noche que entré a buscarla, el pastor no pudo contener la cólera que desde tanto tiempo antes rebosaba en su

pecho, y decidió vengarse. Ya abandonábamos el local, cuando nos detuvo desde el púlpito con un ademán impetuoso. Y con ese gesto que sólo saben algunos fotógrafos, exclamó: "¡Quietos un momento!", y luego: "Ya está; muchas gracias".

Entonces lo comprendí todo; pero era tarde. Aquel hombre implacable, molesto por la asiduidad con que truncábamos todos sus sermones, había buscado un medio para que no nos citásemos allí. Y el mejor era ése, el que había empleado: casarnos por sorpresa. Hacernos marido y mujer.

Hubo un corto silencio. Don Etelvino Palantosen volvió a aspirar el cigarrillo turco, volvió a contener la respiración y a dilatar los cartílagos de la nariz; luego introdujo los dos agujeritos de sus fosas nasales en una cajita de cartón que se llenó *ipso facto* de humo, y se marchó sin despedirse. Hasta mucho más tarde no conseguí enterarme de que guardaba el humo de ese modo por que le encantaba tragárselo.

MANUEL LAZARO



- Yo puedo escribir con las dos manos.
—¿Es verdad?
—Sí; cuando escribo a máquina.

Dib. TAULER.—Madrid.

MARRULLERIAS

(Conclusión.)

Llegó el verano. Tía Evarista partió, como todos los años, a Marmolejo, dejando a Manuel en casa, pues no quería exponerlo a las incomodidades del viaje. Antes de partir, me hizo prometerle que respetaría a Manuel. Yo se lo ofrecí lo más solemnemente que pude; pero, apenas arrancó el *auto* con mi tía, agarré un palo y me dispuse a emprenderla con el gato. Fué una lucha épica y, por todos conceptos, memorable. Manuel bufaba, se metía debajo del chinero, de las camas, de los muebles todos, y allá le perseguía mi palo, que parecía tener ojos en la punta. Diez, doce veces le alcancé con él en el lomo. Al fin, cogió la puerta y huyó en la más vergonzosa fuga que puede registrar la Historia.

Pasé varios días en un estado de dicha paradisiaca. El sol era más radiante, el cielo más azul, el aire venía envuelto en un abrigo de color de rosa... Pero, ¡ay!, una noche... Hacía bastante tiempo que me hallaba en la cama, cuando creí percibir una música dulcísima. Eran unas melodías suaves, finas como el encaje, de una fuerza patética indescriptible. Algo de Bethoven, pensé, pues yo era algo culto en música, debido, sin duda, a que mi hermana tocaba el acordeón. Pero he aquí que los que fueran débiles sonidos al principio fueron robusteciéndose más, hasta que me desvelaron por completo. ¡Y qué engaño! No era Bethoven, no; era una música endiablada, que rasgaba los oídos como si fueran de papel. Abrí los postigos, deseando saber quiénes eran aquellos improvisados músicos nocturnos que me festejaban con tan inarmónica serenata, y me quedé alelado, con el labio superior en la frente y el inferior más abajo de la barba. Diez, doce, quince, veinte gatos estaban allí, bajo mi ventana, dando aullidos espantosos. En medio de ellos, Manuel aparecía sentado sobre las patas traseras, mientras las otras dos descansaban en el aire. Meneando una de éstas a guisa de batuta, dirigía aquel original concierto, síntesis de la venganza más refinada que hasta la fecha se conoce. Dejé la habitación presuroso y, poco después, estaba en ella nuevamente

con el revólver de mi padre. Un disparo cruzó a toda prisa el espacio. De la sinfónica gatuna no quedó más que el eco apagado de sus aullidos, que se perdían a lo lejos.

Fué la última vez que oí a mi encarnizado rival. A raíz de ese episodio abandonó el hogar y se perdió de mi vista. Algunos vecinos aseguraban haberle visto merodeando por mi casa; otros porfiaban haberle sorprendido en malos pasos con una gata rubia y coquetona. Pese a la idea que de Manuel tenía mi tía, yo estoy bien seguro de que era un libertino, ayuno de moralidad. ¡Las cosas que vieron mis ojos! ¡Ah, si yo me decidiese a hablar!... Pero más vale que me calle.

Y pasó el tiempo. Ya había olvidado por completo a Manuel—pues tía Evarista, única persona que hubiese podido recordármelo, había muerto poco después de que él nos dejase—, cuando un día, siendo ya mayorcete, tuve que ir a Sevilla, enviado por mi padre. Era Semana Santa y, por esta causa, no pude hallar hospedaje. (No les aconsejo que vayan a Sevilla por esa época. Sevilla, durante la Semana Santa, es un infierno. ¡Cuánta gente, señor!)

Cansado de buscar hospedaje, entré en un restaurant a comer. Me pusieron, de primer plato, arroz con conejo. Arramblé con una tajada y, no había hecho más que hincarle el diente, cuando creí percibir un ru-

mor insólito en mi estómago. No hice caso y continué comiendo. De repente, me quedé suspenso. El rumor acababa de repetirse.

—¡Miau, miau!—oí claramente, en medio de mi asombro.

Debí de ponerme pálido. Mi pulso, más que pulso, eran las caderas de una *bailaora*. Creía reconocer la voz de Manuel. Puse atención y...

Llamé, acongojado, al camarero:

—Diga, mozo, este conejo ¿lo han comprado hoy?

—Hoy, sí, señor. Yo mismo fui al mercado.

—¿Podiera decirme—proseguí—si tenía el pelo negro?

—Sí, señor; negro y muy sedoso. Le brillaba mucho.

—Y los ojos grises, ¿verdad?

—Sí, sí—aseveró, espantado, quizá pensando que yo tenía pacto con Satanás.

No quise escuchar más. ¡Era Manuel! ¡Ah, el infame! Había muerto, sin duda, hacía bastante tiempo y, enterado de que yo iba a Sevilla, con ese misterioso poder que tienen los espíritus, había reencarnado, adoptando la forma de conejo. Un caso —¡oh, mi amigo Conan-Doyle!—de espiritismo.

Desde entonces llevo aquí, en mi cerebro, unos siniestros aullidos que salen de mi estómago. Cuando los oigo, se me desorbitan los ojos y adquiero el color de los difuntos. Es algo que aún hoy me cuesta muchos disgustos. No puedo asistir a ningún acto público, a esos actos solemnes en que vociferantes caballeros defienden a la moralidad, o al libro, o la conveniencia de tomar el té con antiparras. A veces, cuando el orador se halla en lo más ingente de su discurso, dos sonoros "miau, miau", saliendo de mi estómago, invaden el salón. Me miran airados; después, a empujones y bastonazos, me arrojan del local. Creen que me burlo; pero no, no soy yo, es Manuel, que, desde las interioridades de mi organismo, continúa desarrollando su venganza.

DIEGO PRADO DEL AGUILA

(Véase el número 374 de nuestra revista.)



ES UN PRODUCTO DE
**LOS PERFUMES
DE TASARA**
BADALONA

OROCREMA

JABON DE ALMENDRAS

USELO

ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL



Información telegráfica de "Buen Humor"

Noticias de provincias y del extranjero

LA FIEBRE REFORMISTA DE MUSTAFA KEMAL.—CONSTANTINOPOL, 21.—Noticias de Angora nos hacen saber que el elegante dictador Mustafá Kemal, persistiendo en su empeño de modernizar a Turquía, ha dictado (¡que para eso es dictador!) una nueva serie de disposiciones conducentes a la definitiva europeización del país.

Una de ellas obliga a los peliqueros a hacer por dos reales la ondulación permanente a todas las mujeres de ochenta años que lo soliciten. El peluquero que se niegue será desterrado al Peloponeso, por lo cual creemos que ninguno dará motivo, pues antes que ir al Peloponeso ondularán el pelo por eso (por los dos reales susodichos), aunque alguno, en la intimidad, se tire de los pelos también por eso, y con justísima razón, pues no es negocio el ondular tan barato.

Asimismo, Mustafá Kemal ha ordenado que el charleston se baile sin chaleco; y si no ha dicho que se baile sin americana, es porque sabe que las americanas son las que lo bailan mejor.

Y otra de las disposiciones del valeroso gobernante turco es la que se ha hecho pública esta mañana, ante el asombro de toda la nación. Se ordena, por ella, que los judíos beban vino y, por tanto, se prohíbe que las judías vayan a la fuente. Esto dará lugar a alteraciones del orden, pues en la capital eran famosas sus típicas fuentes de judías y se protestará contra el intento de que desaparezcan.

Se dice que Mustafá Kemal obra de acuerdo con cierta potencia occidental y que busca el aplauso de Europa. En efecto: lo que más le gusta a Kemal es que le digan: ¡Qué bien, Kemal!, en determinados centros culturales, alabando su gestión.

FALLECIMIENTO DE UN DOCTOR ILUSTRE.—COPENHAGUE, 21.—Ha fallecido de los pies a la cabeza, a consecuencia de una angina de seis meses (una angina de pecho, a juzgar por la edad), el conocido doctor danés Jöhben.

Jöhben ha muerto viejo, pero eso



—¿Tú eres de aquí, de Castilla?

—Sí, señor; yo soy castellano puro.

—¡Ya te lo había notado en la faja!

Dib. CASERO.—Madrid.

no importa para que en Copenhague haya producido enorme y escandaloso sentimiento la desaparición del eximio galeno. Se trataba de un sabio indiscutible que había descubierto el verdadero tratamiento del cáncer, descubrimiento que armó una revolución en la Patología.

Según Jöhben, el cáncer tenía el siguiente tratamiento, teniendo en cuenta las diferentes condiciones de los enfermos:

Si el enfermo era el rey, tenía tratamiento de majestad.

Si era el primer ministro, tenía tratamiento de excelencia.

Si era un paisano de poca confianza, se le trataba de usted; y si era un mozo de cuerda, se le trataba de tú.

Como ustedes verán, el descubrimiento de Jöhben era de una lógica más aplastante que un camión.

¡Es lástima que hombres así se mueran como un vulgar conejo de campo, pero qué le vamos a hacer!

ROMANONES ES ELEGIDO PARA UN CARGO HONORIFICO.—

CANGAS DE ONIS, 21.—Hace poco fué creado en esta invicta población (y la llamamos invicta porque no sabemos que nadie la haya vencido nunca) un importante Ateneo de Estudios de Prehistoria Galaica, llamado a tener más resonancia que un despertador de siete pesetas, incluido el impuesto del timbre.

Este Ateneo trató de elegir ayer a su director honorífico, y, entre los

candidatos indicados para el puesto, que eran los del conde de Romanones y Cagancho, triunfó el primero por enorme mayoría de votos.

Es curiosa la forma en que logró Romanones el primer puesto. Todos sus votantes, por boca del presidente, hicieron constar que apoyaban a Romanones, pero que no le apoyaban por simpatía a sus ideales, sino porque estimaban que era el único hombre público que necesita que le apoyen, dada la facilidad que tiene para atizarse una costalada cuando va a pie por esos mundos.

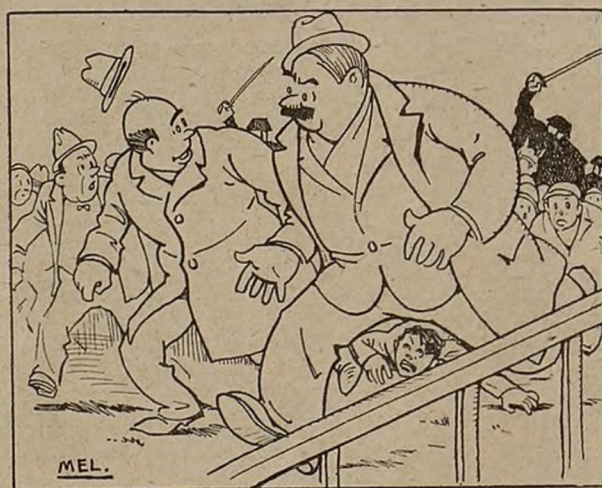
Y ante esta consideración, le ofrecieron sus votos; porque, ¡claro es!, hubiera sido tonto que le ofrecieran sus botas, habida cuenta de que no le podían servir para nada, por la dificultad antedicha.

UN CENTENARIO ROBUSTO.—

BADAJOS, 21.—El martes pasado cumplió ciento dos años el vecino de esta localidad Edelmiro de la Pampliega.

Es huérfano de padre y madre, pero su estado de salud es tan perfecto que le permite sobrellevar su orfandad con relativo optimismo.

El día de su cumpleaños fué obsequiado con un banquete de setenta cubiertos, y lo decimos porque todos los comensales comieron con el sombrero puesto. Edelmiro, naturalmente, fué de gorra, pero era el único que tenía razón para ello, porque para eso le habían convidado.



—Pero, bueno, ¿no me dijo usted que en este juego estaba prohibido “dar cargas”?

Dib. MEL.—Madrid.

A la hora de los brindis, el catedrático don Hudingo Esparadacio pronunció un discurso y Edelmiro se quedó dormido, cosa que fué estimada como una prueba más del admirable funcionamiento de todos los órganos del festejado.

Y los demás no se durmieron, porque don Hudingo pegaba unos gritos que no había manera, pero no por falta de ganas.

Fué un acto muy simpático.

ESPANTOSO CRIMEN.—BARCELONA, 21.—Ayer a mediodía, en la barriada de Gracia, se cometió un crimen que no tuvo gracia ninguna.

Por rivalidades amorosas, un padre mató a un hijo arrojándole un piano de cola a la cabeza.

La muerte del hijo fué instantánea; y la captura del padre por la policía, rapidísima; por lo cual, a los dos minutos, la calle estaba tan alegre y animada como si no hubiera ocurrido en ella semejante bestialidad.

Debemos advertir que el padre no era padre del hijo muerto, sino de otros hijos, así como el hijo no era hijo del padre que le mató, sino de otro padre que estaba tan tranquilo en su casa... Es decir, que el padre y el hijo no eran de la familia ni se conocían, hasta que les puso enfrente la socia coqueta causante de la tragedia. Pero como es indudable que el padre asesino era padre, así como que el hijo asesinado era hijo, no hemos tenido más remedio que redactar la noticia diciendo que un hijo había sido criminalmente muerto por un padre.

Perdonen ustedes si les hemos hecho un lío, y piensen que ha sido por el legítimo deseo de ser completamente veraces, como es nuestra obligación.

ERUPCION DE UN VOLCAN.—TEGUCIGALPA, 21.—Desde hace seis días está en plena erupción el popular y acreditado volcán Cochambrazo.

Los torrentes de lava están causando enormes destrozos en todos los campos de trigo de la comarca, que pueden darse por perdidos completamente.

Es decir, que el volcán está con una erupción espantosa; pero los campos, en cambio, no tienen ni un solo grano.

¿Se dan ustedes cuenta de la juerga?

Por la inserción de los telegramas,
ERNESTO POLO

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS

Claveles en clave de Sol

Ya sabrán ustedes que en el Teatro Fontalba florecieron *Los Claveles* con triunfalísimo esplendor. La noticia resulta su mijita trasnochada, porque hace ya de esto quince días; pero, ¡quién no trasnocha con el tiempo de primavera y las noches hermosas que nos ha traído Madrid, agradecido sin duda al homenaje que hubieron de dedicar, va para un año, a su clima delicioso algunos hijos de Madrid amantes de su padre!

Abrieron *Los Claveles* hace rato, sí, señores; pero abrieron además—y ¡ya es abrir!—las puertas del Fontalba, y las abrieron bien de par en par, a fin de que pudiera entrar la gente, no de par en par sino a montones, deseosa de ver, y oír, y aplaudir, y vitorear a los autores de las letras, de la música, de las voces y de las hechuras, ya de la obra, ya de la actriz Matilde Vázquez.

¡Vaya actriz!... (las señoras, primero; con permiso). ¡Vaya una voz llena y vaya una moza relleña!... Nosotros nos rompimos las manos aplaudiendo; y cuando nos desgañitábamos gritando “¡Viva tu cuerpo, Serrano!”, unas veces lo decíamos por Serrano, efectivamente, y otras por la actriz...

Pero lo de menos ahora es el cuerpo. ¡Lo que oyen! Lo importantísimo es la voz, y el brío, y el alma, y el coraje, y el desgarró que puso aquella mujer en el grito apasionado, y desesperado, y rabioso, y marchoso, y lleno de claveles reventones y de sangre de moza bravía a quien también el corazón—otro clavel de olor—se le revienta.

¿Quién ha dicho que no debe ponerse en ese instante desgarró en la canción? Pero, ¡si es desgarradora la moza y desgarrador lo que siente!... ¡Si ella es de “rompe y rasga”, y se le rompe a ella misma y se le rasga, reventón, el coraje que tiene escondió!...

El número es bomba, y bombón, y bombazo, y bombín, y catapulta; pero ella lo explotó... Lo decimos en el sentido explosivo del vocablo... Lanzó su voz de contralto a pecho lleno, y

¡hubo que ver el lleno!... Fué aquello una explosión...

La gente botó en el asiento, como si la frase bomba fuese una bomba im-pelente puesta en salva sea la parte



—¡Qué ganas tengo que se marchen los invitados y nos dejen solos!
—¡Ay, queridín! ¿Para qué?
—Para quitarme los zapatos que me hacen un daño horroroso.

Dib. BERNAD.—París.

debajo de cada espectador... Jamón Serrano, palabra. Y tan serrano el jamón de Serrano como los jamones jamón de la serranísima... ¡Detente!... ¡Detente, pluma, por Dios!... Tenemos la estilográfica inflamada, hirviendo de entusiasmo casticista, y salen los epítetos candentes, flameantes, reventones, como si en vez de ser nosotros, como somos, unos meros cronistas teatrales (meros o besugos, da lo mismo) fuéramos un sifón, un sifón que dispara su entusiasmo...

Y es que, lo juramos, lector: hemos visto pocas veces una representación tan redonda. Redondos el libro, y la música, y la interpretación, y lo demás. Por algo estamos reseñando el estreno de *Los Claveles* con un brio de tarde de toros...

Porque así fué el entusiasmo, de coso taurino... Y cuando llega un caso así y un coso así tenemos que sentirnos Don Modesto y limpiar nuestra

pluma con sidol hasta que reluzca como el sol, como el sol de España, y de Madrid, y de Abril, y de corrida, y gritar ¡Viva Sevilla!, y ¡Carreño!, y ¡Valencia!, y ¡Serrano!, y ¡Matilde!, y ¡Casals!, y ¡Agapito!, y ¡Fontalba!, y ¡Carmen Vázquez!, y ¡Cruz!, y ¡Tino!, y ¡Folgar!, y ¡Tímoteo!, y ¡Oller!, y ¡el Cid!, y ¡los Comuneros!, y ¡Daoiz!, y ¡Vellarde!... ¡Viva Dios!...

Desde los buenos tiempos del sainete no habíamos visto nosotros un libreto así de justo, y de cabal, y de ponderado, y de neto. La copa, la castiza; pero el vino encabezado por derecho y con arreglo a la tradición de las buenas bodegas de la tierra. La hipérbole y el conceptismo, ajustados a los cánones de los canonizados en la Catedral del sainete. El intrínquilis de la acción, sazonado con un pellizco de sal socarrona y picaresca. Y sobrio, y limpio: y dejando a la mú-

sica la situación, como el buen peón de brega lleva al toro al tercio que conviene a fin de que el diestro haga la faena a su gusto.

Y se lució... Serrano demostró que era un diestro capaz de levantar al Fontalba entero, que es uno de los teatros que parecían más difíciles de ser levantados por nadie. ¡Vaya faena! ¡De pecho, dando el pecho! ¡Dando el pecho él y la contralto! ¡Eso es portarse! ¡Vaya unos molinetes y unos naturales con la derecha y con la izquierda, que es lo más difícil de compaginar en estos tiempos! Nada de pases por alto... Allí no hubo que pasar por alto nada... El diestro entró por derecho, y se acostó en la cuna (¡qué preciosidad de cuadro: Serrano acostado en la cuna!), y hundió el codo, y se mojó los dedos, y nosotros nos chupamos los mismos... No hay número que no sea bonito; pero no bonito en lata, no; no de esos bonitos que se indigestan; sino bonito ligero, popular, apasionado y airoso...

Así brincaba la gente de contento y de entusiasmo. Porque el diestro levantino había puesto un cohete de las fallas valencianas en el corazón mismo de Madrid, y le había prendido fuego con una nota en Sol... Clave de Sol... sí, señores... Ahí está la clave del éxito... No en el Fa, no... Ni Fu, ni Fa, no... Sol... Sol de España, y de Valencia, y de Madrid, y de claveles de Madrid en primavera...

Cuando la Clave de Sol tiene un sol así, se levanta de su asiento todo el mundo, pues ya hemos dicho antes que con un bonito así no hay asiento posible.

Y eso fué lo que ocurrió la otra noche. Se levantaron las masas, y las musas, y las mesas, y todo dios para gritar: ¡Viva el Papa y la papilla..., la primera papilla serrana con que te lactearon, y la primera paella que marmaste, y el primer biberón de horchata que te dieron!... ¡Bendita sea tu madre y los músicos castizos!... ¡Recorcho, qué tiazó!... Esto es música, no de P P y W, sino de U P y W, para que nadie se incomode...

Sí, lectores, sí... Todos esos gritos se oyeron en la sala del Fontalba la noche del estreno de *Los Claveles*. No en vano el maestro Serrano es un billarista formidable; hasta cuando escribe música pone el mingo.



—Camarero, ¿se les puede pedir algo a los músicos?
—Sí, señor.
—Pues que no toquen...

Dib. DESMARVIL.—Madrid.

MANUEL ABRIL

DI EL BUEN HUMOR

AJENO

Cuentos judíos, Por W. Geiger

Bloch necesitaba para su comercio un cobrador muy experto y entre los muchísimos aspirantes que se presentaron tomó a prueba al que traía mejores certificados.

—Vamos a ver, mi buen hombre; es preciso que se someta a una ligera prueba antes de entrar definitivamente a mi servicio. Por ahora tome usted esta lista de clientes morosos y visite los sin pérdida de tiempo. Cuando vuelva, veremos si es usted digno de ser mi empleado.

El candidato tomó con aire decidido la lista y partió; al caer la tarde regresó al comercio del honorable Bloch.

—Vamos a ver, muchacho: ¿qué es lo que me trae usted?

Sin decir palabra, el aspirante a cobrador sacó de su bolsillo varios fajos de billetes de banco y los puso ante los ojos sorprendidos de su patrón, quien no pudo contenerse y exclamó:

—¡Bravo! Usted es maravilloso. ¿Y cómo ha logrado recuperar esas sumas que hace ya tanto tiempo había pasado yo al libro de pérdidas?

—¡Ah, señor Bloch! —respondió modestamente el nuevo empleado— ¡Si usted viera el trabajo que me ha costado! Pero, después de todo, estoy contento porque he tenido éxito. No será necesario que le explique que fui rechazado hábilmente en todas partes, y ya desesperado, decidí entablar conversación con cada uno de los tramposos y esperar el momento favorable.

—¿Qué momento favorable?

—¡Un minuto de descuido de cada sujeto para sacar con habilidad y limpieza el dinero de sus bolsillos!

—¡Magnífico! —aplaudió Bloch, dando golpecitos en el hombro de su genial cobrador.—¿De manera que ha

vuelto usted con los recibos correspondientes a cada deudor?

—Sí, señor, aquí están.

—¡Perfectamente! Guárdelos usted con cuidado, amigo mío, y en la primera oportunidad dese otra vuelta por sus casas... ¡a ver si al fin pagan esos sinvergüenzas!

* * *

Isaías Blumenfiel estaba de viaje a la tierra de promisión, cuando el vapor chocó violentamente con un peñasco y empezó a hundirse majestuosamente.

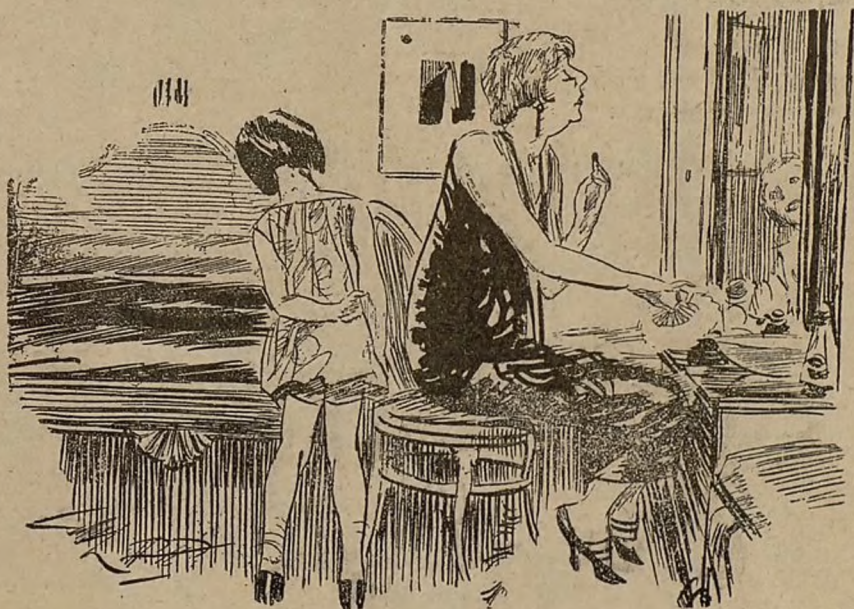
Unos pasajeros cogieron sendos salvavidas y saltaron al agua.

Otros naufragos se apoderaron de sus correspondientes chalecos flotadores y se zambulleron en el mar.

Isaías, con los brazos cruzados, miraba impasible lo que ocurría a su alrededor. De pronto tuvo una idea luminosa y exclamó:

—¡Ah, sí? ¡Conque cada uno se agarra a algo? ¡Bueno!... ¡Yo también me llevaré alguna cosa! Y tomando un ancla, la más hermosa que encontró, se tiró al agua detrás de los otros.

P. L. M.



—¿Por qué te das polvos en la cara, tía?

—Para estar guapa.

—¿Y por qué no lo estás?

(De The Passing Show.)

EL BIEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Va un gitano a la feria con objeto de vender un burro. Lo lleva bien enjaezado y pintado, según costumbre, para tapar los desollones del animal, que del terrible sarnazo que tiene no le queda ni un pelo en la cabeza.

Llega al pueblo feriante, y el primer comprador que le sale se da cuenta del sarnazo que tiene el burro.

Presa siempre Presa

La Casa más popular y prestigiosa.

Sostenes, Fajas, Corsés.

Fuencarral, 72. Teléf. 51135

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

—Y cómo duerme usted al niño en una cuna tan alta?
—Para oírlo cuando se cae al suelo.

Flor de Loto.—Logroño.

—Pero oiga usted, amigo! Si este burro está lleno de sarna!... No le queda ni un pelo en la cabeza.

—¿Tendrá usted való de deci zemejante tontería? ¿No vé usted que é el burro má sabio de la tierra y que de tanto pensar se ha quedao calvo?

José Vargas.—Tetuán.

Entre padre e hijo:

—¿Quieres ser médico?
—No, señor.
—¿Abogado?
—Tampoco.
—¿Ingeniero?

—Mucho menos.
—Pues, entonces, ¿qué vas a ser?

—Boxeador.
—¿Te romperé las narices!
—¿Por qué?
—Porque así llevarás mucho adelantado para el match.

José María Cagigal.
Hoz de Anero (Santander).

En la Casa de Socorro entra un paleta con un hijo suyo.

—¿Qué desea?—le dice el conserje.

—Pues, nada; mi hijo, que quiere ser cura.

—¿I para eso viene usted a una Casa de Socorro?

—¿Otra que Dios! ¿Pues no hay fuera un letrero que dice: se hacen curas?

El tío Paco.—Zaragoza.

Cuento:

Unos novios se casaron, y, como es natural, él le regaló el traje, los zapatos, etc.

Qué bonitas y elegantes y por qué poco dinero podemos comprarle todos las lámparas a Romero. Fuencarral, 68. Tel. 11254.

Al salir de la iglesia, la novia parece que tropezó y cayó en tierra; el marido la hizo subir al coche, y se fueron a casa. Pero estando en la habitación se volvió a caer; y él, creyendo que estaba enferma, la llevó a casa del médico. El doctor la hizo varias preguntas, como también que pasara por la clínica, y nuevamente volvió a caer, y entonces el médico se echó a reír.

El marido, algo amoscado, preguntó:

—Pero ¿qué es lo que tiene mi mujer?

—Pues que no se ha cortado la cuerdecita que ponen los zapateros para unir ambos zapatos.

La canastera.—Valencia.

En la barbería:

El parroquiano.—Me ha cortado usted dos veces. Me quejaré al amo. ¿Dónde está?

El oficial.—Ha ido a la barbería de enfrente para que le afeiten...

José Vera.—Ceuta.

Un golfo entra en un bar y se acerca a un señor ofreciéndole una estilográfica.

—¿Cuánto quieres por ella?—pregunta el señor.

—Veinticinco pesetas.

—¿Veinticinco pesetas? ¿A tí qué te ha costado?



EN LA CASA DE FIERAS

—Vámonos, nena, que ya hemos visto todos los animales.
—No. Aún nos queda que ver los "rateros"...

(De The Humorist, Londres.)

—Como costarme, no me ha costado nada; pero el que la llevaba era un hombre de importancia.

Jaime Serrano.—Alicante.

Histórico:

A un hotel de Zaragoza llega un viajero a las dos de la madrugada, y, rendido del viaje, se acuesta con ánimo de levantarse muy tarde.

A las siete de la mañana llama la camarera a la puerta:

—¡ Señor, señor! ¡ Que no recuerdo si le puse manta en la cama! ¿ Duerme a gusto?

A las ocho vuelve a llamar:

— Señor, que se me olvidó preguntarle antes. ¿ A qué hora lo despierto?

Marichu Peyrona.—San Sebastián.

—¿ Qué obras musicales son las que más agradan a los borrachos?

—¡ Las de Weber!

Hércules.—Enguera.

Examen:

—El Tribunal le ruega se dé más prisa en la exposición.

—Perdone, señor profesor, pero yo sólo sé la Geometría d'espacio.

Zeupin.—Alicante.

—¿Cuál es el hombre más embustero?

—El fabricante de gaseosas, porque en cada una mete una bola.

Victorino y Raúl.—Logroño.

—¿ En que se parece la Administración de Correos a dos puertas abiertas?

—En que hay correspondencia. Viverón y Caldolimpio.—Bilbao.

El colmo de un borracho:

Coger una merluza y dársela a un guardia para que no le lleven a la Comisaría.

Enrique Soto y Soto.

En la higuera:

En el jardín de la escuela donde estudia Juanito hay varios árboles frutales, por lo que Juanito iba a la escuela gustosísimo.

Un día que el maestro estaba tomando la lección, le llega el turno a Juanito y un alumno dice:

—Está en el jardín.

El maestro.—A buscarle ahora mismo.

Salen varios muchachos, y al poco rato vuelven con Juanito, que viene comiendo higos.

El maestro. — ¿ Dónde estaba usted?

—En la higuera—contesta el muchacho.

K-K-T-I.—Bilbao.

En el concierto del Retiro:

—¡ Vámonos, don Nabucodonosor! ¿ No le molesta ya demasiado esta música?

—¡ Cá, hombre! ¿ No ve usted que tengo siete chicos?...

Mendo.—Madrid.

La mamá.—¡ Sácate eso de la boca, cochino! ¡ Mira que chupar un herradura!...

—Es que me han dicho que era de hierro dulce.

Vercelius.—Avila.

ca es conquense y la caja de betún es con-quen-se limpia uno los zapatos.

Julián Alvarez González. Madrid.

—¿ A que no sabes por qué Eva mordió la manzana?

—¡ Vaya una pregunta! ¡ Porque no tenía cuchillo para partirla!

Manuel Carbajosa.—León.

La aspirante a inquilina ha subido con la portera para ver el piso desalquilado. Es en una casa vieja y destartada. La portera, después de haber ense-

CUPON
correspondiente al n.º 386 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

—En que el hombre en el Polo Norte tirita de frío y la serpiente tirita de papel.

Ramón Funas.—Bilbao.

Estando explicando la Historia Sagrada, un profesor es llamado por una visita. Durante dicha ausencia, uno de los escolares rompe el cristal de una ventana. Al volver el profesor, no se fija en el cristal roto, sigue la explicación y pregunta:

—¿ Quién hizo el Mundo?

(Uno de los chicos, que, como todos los demás, no se acordaba más que del cristal, señalando al autor de la fechoría, dice): —¡ Este!

(El profesor, sorprendido, le pregunta): —¿ Pero tú lo has hecho?

—Sí, señor; pero en un descuido.

Cartuchero.—Echevarría. (Vizcaya.)

—He sabido que desea usted una señora de compañía rígida y severa para su hija, y creo reunir las condiciones que usted exige.

—¿ A qué se dedicaba usted últimamente?

—¡ A domadora de fieras!

Anromo.

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.

FUENCARRAL, 26, y MONTERA, 15, primeros

Remitimos figurines a quien lo solicite

—Estoy disgustadísimo con mi amigo Fernando. ¿ Creerá usted que anda diciendo por ahí que soy un sinvergüenza?

—Desengáñese: hay muy poca gente que sepa guardar un secreto.

El padre Alberto y su ama. Rocafort.

—¿ En qué se parece un natural de Cuenca a una caja de betún?

—En que el natural de Cuen-

fiado todas las habitaciones, pregunta:

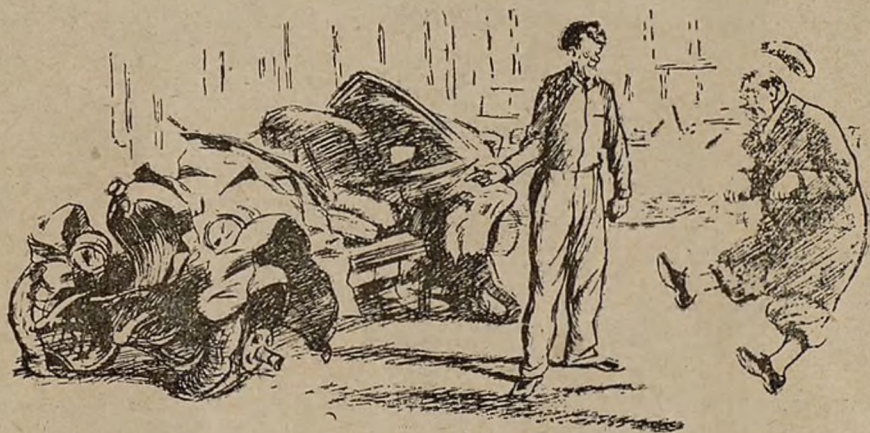
—¿ Le gusta a usted el piso?

—Sí, no está mal. Sin embargo, estas casas viejas me dan mucho miedo. ¿ Habrá chinches?

—¡ Cá, no, señora! ¡ Menudo genio tienen las cucarachas! ¡ Se las comen todas!

Luigi Marzalini.—Bilbao.

—¿ En qué se parece un hombre en el Polo Norte a una serpiente?



—Mi chauffeur, antes de despedirse ayer, me dijo que había dejado aquí el coche para reparaciones.

El mecánico.—Sí, señor; éste es...

(De The Psasing Show, Londres.)

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

Rosendo. (Madrid.)
Lo que ha mandado Rosendo, en el cesto está durmiendo. Pero antes hemos dormido, los que nos lo hemos leído, con un sueño asaz horrendo.

L. P. C. (Huelva.)—Querido rectificante: una cosa es amistad y otra es negocio; una la broma y otra el Santoral; una que se distraiga un colaborador y haga una afirmación gratuita (aunque cobrándola) y otra que nosotros demos campo para una polémica que no nos conduciría a ninguna parte, ni siquiera a Tetuán de las Victorias, que, con el nuevo ramal del Metro, está cerquísima. Y ahora, para que usted se entere, porque al colaborador ya le hemos enterado, San Pancresto es (ó fué hasta el año 892 en que la diñó) un misionero robusto

a petición, enviando su importe y los gastos de franqueo y certificado, cantidad que la puede usted mandar en sellos de Correos, procedimiento nuevo, breve, cómodo y hasta elegante.

M. T. N. (Madrid.)—Eso es bastante más cochino de lo que conviene a unos caballeros como nosotros. Moralícese cuando escriba para BUEN HUMOR, y, mientras tanto, purgue amargamente su horrible desvarío, que ha conducido al nefasto cesto sus protervas cuartillas.

J. de C. (Madrid.)
Después de un breve examen, Para elegir costilla, según nuestro dictamen, no es una maravilla.

S. M. (Las Palmas.)
Pese a su buen deseo, La República acuática,

B. M. R. (Madrid.)—Egregio, esbelto y graciosísimo compañero: acabamos de aceptar con un estruendoso entusiasmo el hercúleo trabajo que nos ha lanzado usted últimamente. Solo falta que usted tenga la dilapidadora generosidad de mandarnos también su nombre y un apellido por lo menos; o los dos, si usted quiere, para colocarlo al final de sus azuladas cuartillas y darlas a la imprenta con espantosa velocidad. ¡Conque venga eso inmediatamente, y todos seremos felices!

Riquiño. (Puebla del Carmonal.)—No sirve.

D. J. C. (Barcelona.)—Poderoso, pingüe, millonario y cuentacorrentista señor nuestro: usted que, según afirma, es lo bastante rico para no cobrar sus trabajos, es, en cam-

bó, a la vida privada, y disfrute de su cuantiosa fortuna sin pensar en más.

S. F. C. (Madrid.)—Querido admirado y reumático amigo y colega: esas cuartillas que usted dedica al escritor más cursi y más estúpido de España no las publicamos por la sencilla y elocuente razón de que a ese caballero le daría usted con ello una satisfacción en lugar de un pesar. ¡El socio que nos ocupa es así; y como lo que él quiere son reclamos, no es cosa de hacerle el artículo con otro artículo, y de hacer, por tanto, el primo para que é. se frote las manos sarcástica y regocijadamente!

Caballeros dibujantes que no han tenido la suerte de manejar el lápiz a gusto del ceñudo censor artístico de esta santa casa.—Los mártires aludidos figuran en la lista que sigue, a saber: Castillejos, Tato, Torio, Ambert, H. H., Telramondo, Celín, Orduña, Vaquer, Bifronte, E. S. E., J. R. (San Sebastián), Kacu (Madrid), Alex (Barcelona), Aguerre (Madrid), Escudero (Melilla), Alendros (Jaén), G. Naval (Madrid), M. P. (Sevilla), Mosan (Madrid), Taumaturgo (Córdoba), Gelabert (Las Palmas), Gui-Gui (Barcelona), Gonzalva (Madrid), Soler Godes (Ortells, provincia de Castellón), Filippo (Sanlúcar de Barrameda), Godard (Marsella), Canales (Zaragoza), M. de B. (Málaga), Corinto y platino (Chamartín), Vincitor (Pamplona), Su Afectísimo (Madrid), P. y P. (Cartagena), Dukas y Morás (Sevilla), Ex Puerta (Oviedo), A. R. T. (Salamanca), Brochatti (Ávila), B. O. B. (Madrid), Onésimo (Palencia), Rip (Tarragona), Lucas G. (Ciudad Real), Cayuela (Buenos Aires), Rodolfo (Alicante), S. B. T. (La Puerta de Ssgura, provincia de Jaén) y F. R. (Madrid). A este último caballero debemos responderle que los dibujos sí se pagan, pero que tienen que ser un poquito mejores que los que él nos envía como muestra, para llegar a tan halagador resultado.

Para camisas a la medida

Madrid - Viena

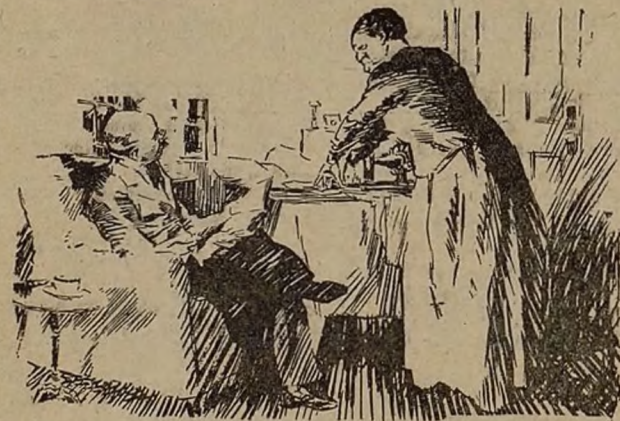
Montera, 41.—Madrid.

y algo melancólico, y desde el susodicho año comenzó a ser santo, oficio que continúa teniendo en la actualidad y que no perderá si se sigue portando bien. El 25 de enero de todos los años celebra sus días, y ese día es el ídem en que lo deben celebrar sus tocayos. ¿Está usted empapado ya? ¡Pues séquese y quede usted con Dios... y con San Pancresto!

Mona. (Sevilla.)—Eso de *El divorcio de los Fernández* es flojito como un anciano decrepito, mi amigo.

Don Floro. (Madrid.)
Con toda mi alma lo siento; pero aunque así lo deploro, he de decir que Don Floro es un enorme jumento.

G. T. B. (San Sebastián.)
Su dibujillo no está mal del todo, no llega a estar todo lo bien que desearíamos para publicarlo apresuradamente. Los números atrasados de nuestro formidable semanario se remiten



—El marido (que ha terminado de leer un libro acerca de las maravillas de la naturaleza).—¡Oh, la naturaleza! ¡Qué maravilla! ¡Cuando leo un libro como éste, hace pensar; me hace ver lo insignificante que es el hombre!

La cara mitad. ¡Oh! ¡Una mujer no necesita "tragarse" 800 páginas para hacer ese descubrimiento!

(De *The Psasing Show*, Londres.)

resulta un escarceo de gracia problemática.

J. C. P. (Hengüera.)
El reloj que usted nos manda, no nos gusta como anda.

Y perdone, usted la brutal franqueza, en gracia a nuestra antiquísima y buenísima amistad. Ya sabe usted que cuanto más amigos, más claros.

bio, poco espléndido para escribirlos. Lo que nos ha mandado es tan corto, tan cortísimo, que, ni aun pagándoselo, no le podríamos dar más que ocho reales y medio. Nuestra Revista necesita artículos menos baratos, pero de tamaño natural. Sea usted menos conciso, o de lo contrario, retírese, como Cam-



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



—¿Y cómo piensa vencer al "Chato de Puding", por puntos o por "fuera de combate"?
 —De ninguna de las dos maneras. Al "Chato" pienso ganarle por narices.

DIL. SAMA. Madrid